postura estética de sus autores.

El riesgo de quienes se dedican al oficio de la literatura como un fin más que como un trayecto es que suelen olvidar el propósito del cual partieron, y el objetivo de su labor acaba siendo un legado literario en el sentido peyorativo del término. En el peor de los casos, olvidándose de la comunión y defensa de aquello en lo que creen, se vuelven escritores de críticos académicos o especialistas de una "prosa decente", en buena mediada porque se aseguran de un espacio entre los que han aprendido a leerlos como ellos deseen que los lean, no como el otro puede leerlos. Esto da como resultado un producto que refleja ciertos intereses de un grupo privilegiado; además de correr el riesgo de que la calidad de las obras radique en el número de éstas y en el sello bajo el cual son editadas. Se vuelven una celebridad numérica y de sellos editoriales. A estos autores se les ve, se les escucha y se les lee opinando de todo porque han adquirido el derecho de que su voz lleve la verdad implícita, pues para eso está la escritura celebrada por autoridades calificadas que la certifique, o bien sacan provecho de privilegios públicos aun cuando la cultura sea un mero pretexto.

También existen, en menor cantidad, los que hacen de su voz un baladro. Por ejemplo: mucha de la discusión que se celebra es comprada por un pensamiento mágico, que dicta ademanes eufóricos acompañados de estertores que dan la sensación de que a falta de trabajo propio del cual hablar, descalifican el trabajo de los demás.

La "literatura basura", apuntalada por Guillermo Fadanelli, y contraparte de la postura estética de la generación del Crack, se inscribe en los registros de los ambientes urbanos y rompe con los estereotipos de la generación boon y se opone a la idea trascendental de la literatura. Guillermo Fadanelli llama la atención de los lectores por su crítica mordaz en contra de los estereotipos de la literatura actual. En un artículo memorable, no tanto (otra vez) por su calidad y solidez de sus argumentos si no por su osadía, publicado en el suplemento de *Sábado* del periódico *Unomásuno*, descabeza a la literatura nacional. Ahí deja entrever, en cierta manera, el lineamiento de su postura literaria: la antisolemnidad, característica de la que adolece la mayoría de nuestros autores.

Y están los escritores del sur y el norte del país que celosamente dan cuenta de su territorio como de un espacio que necesita la huella indeleble de la posteridad: la literatura ha de ser el testigo de un territorio y sus habitantes con todos sus vicios y virtudes que ello implica.

Y también los otros, los que no le hacen ningún favor a su obra con definiciones o posturas de orden estético más allá de lo que sus obras arrojan. Escriben y se cobijan con publicaciones que ellos saben que alcanzarán públicos quizá menos numerosos no por ello menos o más exigentes, sino un público que está esperanzado en que el libro que llegue a sus manos les diga lo que ellos están esperando. El encuentro ideal entre el lector y el autor. Estos escritores no buscan un público definido de antemano, es decir, ningún manifiesto será lo suficientemente benigno con los lectores porque la ociosidad de las pretensiones estéticas no es más que una camisa de fuerza para la misma creación. Valga recordar que no están los